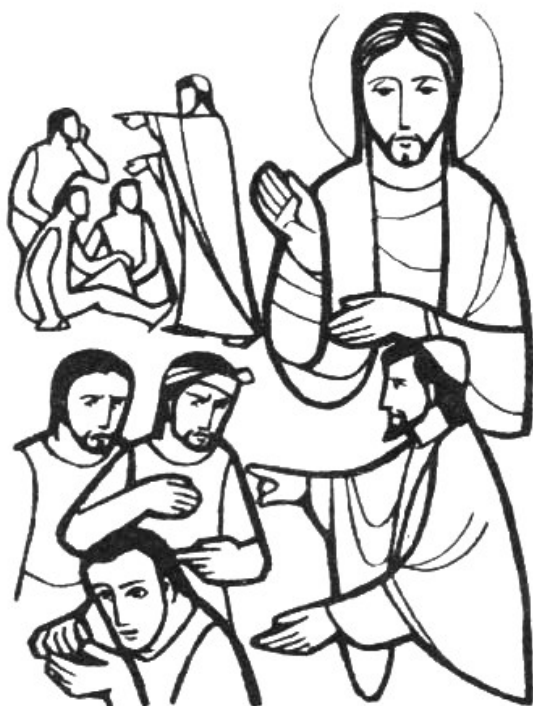


DOMINGO 25 DEL AÑO “A”

Is 55,6-9 + Fil 1,20-27 + Mt 20.1-16



Una provocación.

El escenario en que se desarrolla la parábola es muy de tejas abajo. Todo lo que sucede es muy cotidiano. Se habla del mercado de trabajo: obreros y parados, patrono y jornales. Hasta aquí está todo claro. Lo que no están claras son las reglas de juego de todo el proceso con los salarios. ¿Por qué van a cobrar lo mismo los que han trabajado poco que los que han trabajado todo el día? Si es así, todos los obreros preferirían trabajar sólo a última hora. ¿Qué dirían los sindicatos, con razón? ¿Dónde queda el sentido de la justicia social? ¿Qué dice la doctrina social de la Iglesia? La parábola es una provocación que da que pensar. Toda la parábola es como un mensaje cifrado que no se entiende si no se conoce la clave.

La clave de la parábola.

Se entiende la parábola, cuando se comprende que Jesús habla contra la religión de la ley, una visión religiosa de las cosas, que llevaban en la sangre no sólo los judíos, sino que también todos nosotros somos portadores de ella. Todas las religiones intentan hacer méritos para el cielo. La Parábola va contra esta visión religiosa. Si hacemos algo para el Señor, esto no es un medio para un fin, sino que ya es un fin en sí mismo. El colaborador de Dios, que ha aprendido a amarle, ve en el plan de Dios su vida cotidiana, sus obligaciones, las otras personas... Él está situado donde la viña le necesita. Pedro es un diletante de la fe y no sabe de qué va en la viña, en el reino de Dios cuando pregunta: «Ya ves que nosotros hemos dejado todas las cosas para seguirte, ¿qué se nos dará en pago?»

Los que vinieron a última hora no se van a reír de los primeros si comprenden quién es el Señor. El tiempo que pasaron fuera de la viña no fue bueno y más bien exclamarán con san Agustín: «¡Qué tarde te conocí, belleza!»

La envidia.

La parábola tiene muchos trasfondos. Por ejemplo, esa pregunta curiosa del patrono: «¿Vas a ser tú envidioso porque yo sea generoso?» que se podría parafrasear así: ¿Vosotros que habéis trabajado todo el santo día, tenéis complejos y sentimientos de envidia porque me permito dar a vuestros prójimos un poco de bondad y generosidad, a las que no tienen ningún derecho? A vosotros que habéis sufrido el peso de la jornada y el calor, no os doy por eso menos de lo que os corresponde. En modo alguno quiero que sufráis porque soy tan generoso con los que han trabajado menos. Pero ¿me vais a quitar la libertad de dar a otro más de lo que le corresponde?

En teoría no se puede menos que estar de acuerdo. La dificultad surge cuando se trata de ponerlo en práctica. ¿Por qué? Los trabajadores de primera hora no tendrían que objetar nada contra la bondad del patrono si ésta hubiese recaído sobre ellos. Pero tan pronto como veo que la bondad divina se dirige al prójimo, siento pinchazos en el estómago. Muchas horas de nuestra vida las amargamos con pensamientos sobre lo mal que Dios reparte su bondad. Y esta canción tiene siempre el mismo estribillo: La bondad de Dios no ha estado acertada, porque no me ha tocado a mí.

Ahora bien, ¿nos cambiaríamos del todo por ese otro al que tienes envidia? De los demás sólo vemos la fachada, el escaparate, pero ¿qué sabemos de sus miserias ocultas?

Una mirada recta.

Resumo el último mensaje de la parábola en dos ideas: Primera: Con una mirada torcida nunca veremos la bondad de Dios. Muchas dudas sobre esta bondad no son dudas intelectuales sino que provienen de que tengo una mala relación con mi prójimo. Si con un ojo miramos la bendición de Dios y con el otro me dedico a ver si al prójimo le toca más bendición que a mí, entro en aquella mirada bizca que me incapacita tanto para reconocer la bendición como para comprender a mi prójimo.

Solidaridad.

Segunda. La solidaridad surge de saber que yo recibo lo mío y por eso no necesito decidir qué le corresponde al otro. Una característica de esta solidaridad es que no miro con angustia la ventaja del otro, sino que me alegro de que le vaya bien. La certeza de que Dios es bueno conmigo me lleva a dar gracias a Dios por lo que me concede, en lugar de tener envidia, y a pedir que ayude al prójimo en sus miserias ocultas.

Jesús en la cruz no tuvo envidia de sus verdugos, que aparentemente tenían mejor suerte que él. Nos dio ejemplo de cómo mirar al prójimo, al mirarlo con mirada divina: *“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.”* Por eso pudo morir en paz: *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.”*